

HOMILÍA DEL EMINENTÍSIMO CARDENAL OSCAR ANDRÉS RODRÍGUEZ MARADIAGA

**Con ocasión de la Misa celebrada en el atrio de la
Catedral Metropolitana de la ciudad de Guatemala
en el tercer aniversario del asesinato de
Monseñor Juan José Gerardi Conedera**

Queridos Hermanos en el Episcopado de esta querida hermana República de Guatemala,
Querido Señor Nuncio de Su Santidad, Su Excelencia Ramiro Moliner Inglés,
Respetados miembros del Gobierno de la República, del poder Ejecutivo, judicial y
legislativo que se encuentran esta mañana entre nosotros,
Queridos Hermanos sacerdotes, religiosos y religiosas, misioneros y misioneras en estas
tierras,
Querido y fuerte pueblo de Guatemala,
Hermanos y Hermanas todos:

Esta mañana hemos escuchado la Palabra que nos sigue hablando del Dios de la Vida.

En torno a la Primera Comunidad Cristiana

En la primera lectura nos encontramos con un momento de crecimiento y de madurez de la
Primera Comunidad Cristiana cuando los Apóstoles llaman al servicio de la Iglesia a un
grupo de Diáconos.

No puedo negar que, inicialmente, salta a mi mente aquella frase de la misma primera
experiencia de los Cristianos: "Sangre de mártires, semilla de cristianos". No dudo, además,
que hoy Dios llame a otros al Servicio, a la "diaconía" de la Iglesia, por medio de la sangre
del mártir que estamos celebrando, nuestro querido Hermano Obispo Juan Gerardi.

En la lectura de los Hechos de los Apóstoles encontramos la realidad y la experiencia de
que por muy buena que sea una comunidad, no es nada extraño que en su vida haya
momentos de tensión.

Esta experiencia de la Comunidad de Jerusalén puede ayudarnos a iluminar la experiencia
del Pueblo de Guatemala en el momento presente.

La comunidad experimenta en su interior, fruto del proceso de maduración, dificultades
internas y externas. No era una comunidad ideal. Los diferentes grupos de lenguas -
arameos y griegos- tenían problemas entre ellos.

Encontramos dificultades nacidas no sólo por razón de la lengua, que no es simplemente
gramática y vocabulario. Las diferencias eran también culturales y de formación.

Encontramos la realidad común de estar unidos por Jesucristo, por una sola fe, pero la sensibilidad de las personas y de los grupos puede ser que den lugar a diferencias, tal como se trata en esta lectura y porqué no decirlo, también en Guatemala.

Es admirable y ejemplar la serenidad con que se resolvió la situación, con el oportuno diálogo entre las personas, los apóstoles y la comunidad. Se llegó a la decisión de descentralizar la división.

Probablemente conocemos también entre nosotros problemas de división, de pobre convivencia fraterna y de discriminación, que pueden dar lugar a momentos de tensión y contestación entre laicos y clero, hombres y mujeres, jóvenes y mayores, nativos e inmigrantes.

La lectura de los Hechos de los Apóstoles que acabamos de escuchar nos interpela constructivamente.

En primer lugar nos enseña que no hay que ausentarse cuando surgen los problemas y conflictos, que hay que presentarse con la verdad y la transparencia, que hay que dejar de lado los egoísmos y partidismos, para que viva la verdad, la concordia, la transparencia y el diálogo.

Hablando se entienden las personas reza el refrán castellano.

La segunda gran enseñanza es que siempre hay caminos de solución. Nada hay para Dios que sea imposible. De la misma manera para los hijos e hijas de Dios. La salida para esa dificultad pasa por el corazón de las personas en cuestión, que quieren vivir en armonía.

No hay nada más triste que desconfiar de los hermanos y de las personas en las que se cree. Creyeron en los Apóstoles, pusieron en ellos su confianza, acataron sus decisiones porque sabían que se trataba de hombres de probada virtud.

Ojalá, que de la misma manera podamos poner nuestra confianza en los que rigen los destinos de nuestros países y de las leyes de nuestras naciones. Quiera Dios que brillen por su honestidad y buena fama, espíritu de servicio y edificación del bien común.

Si también existe entre nosotros el diálogo y la serenidad para buscar la voluntad de Dios y el bien común, podremos vivir en medio de un clima de verdadera fraternidad, y además, irradiaremos ese clima a los demás.

La unidad fraterna es la que posibilita el trabajo por el bien común. El signo que hace más creíble lo que se predica y lo que se cree es la caridad, la que nace de dentro.

¿Seremos capaces de resolver los problemas que hay entre nosotros con un verdadero espíritu de diálogo y de serenidad?

¿No será que nuestra falta de capacidad para resolver los problemas nace de nuestra falta de unidad interna entre lo que creemos y lo que hacemos, razón para la poca eficacia de nuestra convivencia?

A la Luz del Evangelio

El Evangelio nos sitúa, una vez más, con los Apóstoles, en la barca de Pedro, remando mar adentro. Es de noche, está oscuro, en ese contexto hay que trabajar. Experimentan un momento de pánico por la mar encrespada y por la visión de Jesús, que camina sobre las aguas.

La paz y la serenidad llegan cuando escuchan sus palabras: "no temáis, soy yo". No sabemos si Jesús subió a la barca, pero sí sabemos que llegaron a la orilla, su destino seguro.

Cuando no está Jesús, el esfuerzo es inútil, no tienen paz. Cuando se acerca Jesús, vuelve la calma y el trabajo resulta plenamente eficaz.

A la luz de los Evangelios, podemos afirmar que algunas veces a nosotros nos pasa algo similar. La barca puede ser símbolo de nuestra vida o de nuestra sociedad.

Cuando se hace de noche en todos los sentidos, cuando arrecia el viento contrario y se encrespan los acontecimientos, cuando se nos junta todo en contra y hasta perdemos los ánimos; cuando nos pasa esto y no tenemos a Jesús a bordo, no es extraño que perdamos la paz y hasta que perdamos el rumbo de la travesía. Si a pesar de todo, supiéramos reconocer la cercanía del Señor en nuestra historia, sea pacífica o encrespada, nos resultaría bastante más fácil recobrar la calma.

"Soy yo, no temáis" es la voz del Señor resucitado que hoy escuchamos.

No temas pueblo de Guatemala, eres la barquilla en la que va el Señor y, hundirse no puede en el mar traidor, porque los vientos, las olas oirán su voz que nos dice: "la paz sea con vosotros".

El Aniversario de la muerte de Mons. Gerardo

Quiero agradecer esta mañana a Mons. Próspero Penados, Arzobispo de la Ciudad de Guatemala, por haberme invitado a celebrar esta Eucaristía en la que recordamos el tercer aniversario de la muerte de Mons. Gerardi.

Al respecto, suenan en mi corazón y en mi fe, aquellas palabras del Señor: "La Verdad os hará libres". Esa verdad buscamos ayer, hoy y siempre, esa verdad es la que nos tiene reunidos esta mañana en torno a la Eucaristía.

La Verdad de Dios y la de Jesucristo, que en estos días lo celebramos de una manera más

intensa como "El Resucitado", "El que Vive" es la razón de ser de mi presencia esta mañana entre ustedes.

Hoy celebramos esta Eucaristía de resurrección también por uno de los Hijos Resucitados del Dios de la Vida, un querido Hermano en el episcopado, Mons. Gerardi, de quien podemos decir que murió por la verdad que Dios puso en su vida y vocación.

Si, hermanas y hermanos, celebramos a Jesucristo resucitado en sus hijos difuntos, no sólo el Obispo, sino que en todos y en cada uno de los que a lo largo de muchos años, fruto de la violencia entre hermanos murieron en Guatemala.

"Nunca más" es una expresión que ha sonado y resonado en los últimos tres años en Guatemala.

¡Qué más hubiéramos querido que esas mismas palabras hubieran resonado y que hubieran tenido como consecuencia que ningún hijo de Dios hubiera padecido con Jesucristo!.

¡Nunca más la muerte de los cristianos de una manera cruenta, sangrienta y dolorosa en nuestro mundo!. Pero, lastimosamente no ha sido así. Mártires de Guatemala, sacerdotes de este país o extranjeros, campesinos e indígenas, catequistas, hombres y mujeres han sufrido la Cruz de Jesucristo en nuestros días.

El Señor resucitado pasó por el dolor, la incompreensión, la persecución, el martirio y la muerte. Camino indispensable para "llegar a Jerusalén" y pasar de este mundo a una nueva, y mejor vida: La Resurrección.

Ese ha sido el itinerario que ha vivido una gran parte de este pueblo Guatemalteco, hasta "llegar a Jerusalén".

Hoy que celebramos la Pascua de Resurrección del Señor, en esta cincuentena pascual, imploramos, gritamos, exigimos: "Nunca más" a la pasión de la cruz sin sentido alguno.

Jesucristo murió en la Cruz para resucitar. Había una misión, una finalidad, una razón de ser.

¡Cuánto dolor!,

¡Cuánta incompreensión!,

¡Cuánto sin sentido cuando alguien o muchos mueren por el egoísmo de pocos o porque otros han querido manipular u ocultar la verdad!

¡Cuánta necedad en el corazón humano cuando no hay fe, ni respeto a la vida ni a la dignidad de las personas!

"Nunca más", "Nunca más" a ese sin sentido y sin razón de la muerte, porque si hay cruz, debe ser con el mismo sentido y razón de ser que la de Jesucristo:

- Su cruz fue aceptada con amor y para generar amor,
- Fue cargada con y por generosidad, y
- Para generar vida, nueva en abundancia: la Vida que nace de la Resurrección.

¡Que nunca más se cargue a este pueblo una cruz de desamor, de egoísmo y de muerte!.

Una esperanza en nuestro camino

Hay una esperanza, una luz que ilumina nuestro sendero para que esas amargas experiencias vayan desapareciendo y sanándose las heridas.

Mucho camino que recorrer, mucha fe que vivir son necesarias para llegar a esa esperanza a la que me refiero: el perdón, la reconciliación, la transparencia.

El primer nivel de perdón nos viene de "lo alto". Nos viene de Dios. En las mismas Sagradas Escrituras encontramos expresiones tales como: "Padre clemente, compasivo y misericordioso, lento a la ira, rico en clemencia, en piedad y en lealtad". Se nos habla de un Dios que "no nos paga como merecemos por nuestros pecados, sino que nos trata según su corazón". Se resalta a un Dios "que no lleva cuenta de los delitos, sino, ¿Quién podrá resistir?"

El perdón de Dios es una Gracia, es además gratis, no cuesta nada más que un poco de fe y el deseo del corazón.

Ese Dios misericordioso se cruza esta mañana por nuestro camino, aquí en Guatemala y se fija en nuestros corazones necesitados de perdón, de reconciliación, de sanación interior.

Dejémonos permear por esa gracia de Dios, que no juzga ni acusa, sino que ama y perdona. Dios no nos llama a un tribunal, sino que nos llama a ver el ejemplo de su Hijo Jesucristo, muerto y resucitado, el que perdona los pecados del mundo. Allí, en ese hombre encontraremos una respuesta.

El segundo nivel de perdón de que Dios nos presenta y del que El mismo fue ejemplo es el perdón fraterno, entre hermanos, entre nosotros. No siempre es fácil perdonar o pedir perdón, pero cuando pasamos por allí redescubrimos en nuestro interior y en nuestro entorno una paz que nos renueva en nuestro interior y en nuestras relaciones interpersonales. Dios no se mostró como un justiciero entre nosotros. Ojalá que nosotros "nunca más" seamos jueces implacables, justicieros que fustigan a los hermanos.

El perdón fraterno, el perdón entre hermanos e iguales pasa por la transparencia. Quien no tiene intenciones leales, buena fe, o sana y recta intención es incapaz de recibir el perdón de los demás o de pedir perdón a otros.

Un tercer nivel de perdón, indispensable para la reconciliación, el perdón de sí mismo, la sanación interior de la persona. Quien no vive en paz consigo mismo es incapaz de entender

el perdón de Dios e igualmente incapaz de pedir perdón o aceptarlo. Perdonarse a sí mismo es indispensable.

Este es un itinerario de vida que puede ser útil en el momento presente para que las lejanías que hay entre nosotros se acorten, para que las brechas se estrechen, para que las diferencias se mitiguen, para que los rencores se disipen y haya perdón y paz en Guatemala.

La confianza de unos para con los otros

Uno de los caminos para llegar a esta meta que estamos proponiendo es "poder lograr la confianza de los unos para con los otros".

Para ello hay un obstáculo institucional del que adolecen muchos de nuestros países.

Si no hay confianza en la forma como se administra la justicia, difícilmente podremos lograr la confianza social y personal. La justicia humana ha de cambiar. El sistema judicial se ha de reformar. De esta manera, la verdad no podrá ocultarse ni manipularse. Se acabará la impunidad, seremos más transparentes personal y socialmente, y porque no, también políticamente.

Despedida

Finalmente, recordemos que los que conocimos a Mons. Gerardi personalmente tenemos en nuestra mente no sólo la imagen de una cráneo destrozado, de un final triste e injusto, sino que la de un hombre alegre, extrovertido, comunicativo, exigente consigo mismo e indulgente con los demás.

Su sonrisa estará con nosotros, su mirada profunda, como la de aquellos que han visto a Dios también.

Queridos hermanos y hermanas:

Salgamos de esta celebración con la fe más crecida, fe de que el Dios de la Vida está aquí e medio de nosotros, con la fe de que Dios vive en Guatemala.

Regresemos a nuestras casas y a nuestros lugares de trabajo con la firme esperanza de que los cristianos y los que rigen la justicia de nuestros países desean la transparencia y no la impunidad, la concordia y no la mentira.

Regresemos a donde pertenecemos con el firme compromiso de edificar una cultura de la vida y una cultura de la reconciliación fraterna.

Sigamos nuestra vida de fe con la certeza de que "la sangre de los mártires es semilla de cristianos", tal como hasta ahora lo ha sido la sangre de los mártires de la Iglesia Guatemalteca.

Que María sea la que acompañe al pueblo Guatemalteco en su caminar hacia una nueva comunidad de hermanos en la fe, en la sangre, en la raza y en la fraternidad perfecta.

Terminemos con la expresión bíblica que Su Santidad el Papa Juan Pablo II ha querido poner en la fe y en la misión de los cristianos del nuevo milenio: "Duc in altum", "rema mar adentro" pueblo de Guatemala, porque en la barca de Pedro va el Señor; en la barca de Pedro va el Pueblo guatemalteco.

"Rema mar adentro".

Guatemala de la Asunción, 28 de abril de 2001

Cardenal Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga
Arzobispo de Tegucigalpa, Honduras